

ALDEALPOZO

Atravesada por la carretera N-122 esta casi despoblada localidad se localiza a medio camino entre Soria y Ágreda, a 22 km al oeste de la capital. Se halla al pie de las sierras norteñas, asentada sobre una loma con amplio dominio visual sobre el valle del río Rituerto, que se abre hacia el sureste. El caserío ocupa una suave ladera, con la iglesia en el extremo suroccidental, un tanto apartada, sobre un rellano abierto hacia un vallejo.

Se ha supuesto que en origen el lugar se denominó Canales y primitivamente constituyó un punto fuerte de la Marca Media musulmana, sosteniendo Sáenz Ridruejo que la atalaya aquí situada sería una de las que sufrieron los embates de los infantes de Lara hacia el año 974, cuando un ejército formado por el conde castellano García Fernández arremete contra los territorios del Campo de Gómara, aprovechando un momento en que el general jefe de la Frontera Media, Galib, se hallaba en África. Constituyó junto con las atalayas de Valdegeña, Castellanos, Villar del Campo, Masegoso, La Pica, Tajahuerce, Hinojosa del Campo, Pinilla del Campo y Noviercas una línea fortificada que vigilaba los accesos occidentales a Ágreda en el sector del pie de monte, aunque de nada sirvió ante las campañas del aragonés Alfonso I que culminaron con la conquista de esa plaza y de Soria en el año 1119, incluyendo por tanto en tales conquistas las tierras de Aldealpozo. A partir de ese momento pasó a formar parte de la Comunidad de Villa y Tierra de Soria, encuadrada en el sexmo de Frentes, perdiendo su original función militar para convertirse en una aldea agrícola más, en una zona de pobres tierras, aunque seguramente lo que facilitó el mantenimiento de su atalaya –y quizá su renovación– fue su ubicación en la ruta aragonesa y navarra y los conflictos nobiliarios y sucesorios que asolaron Castilla en la Baja Edad Media, en los cuales muchas veces también jugó un participativo papel el Reino de Aragón.

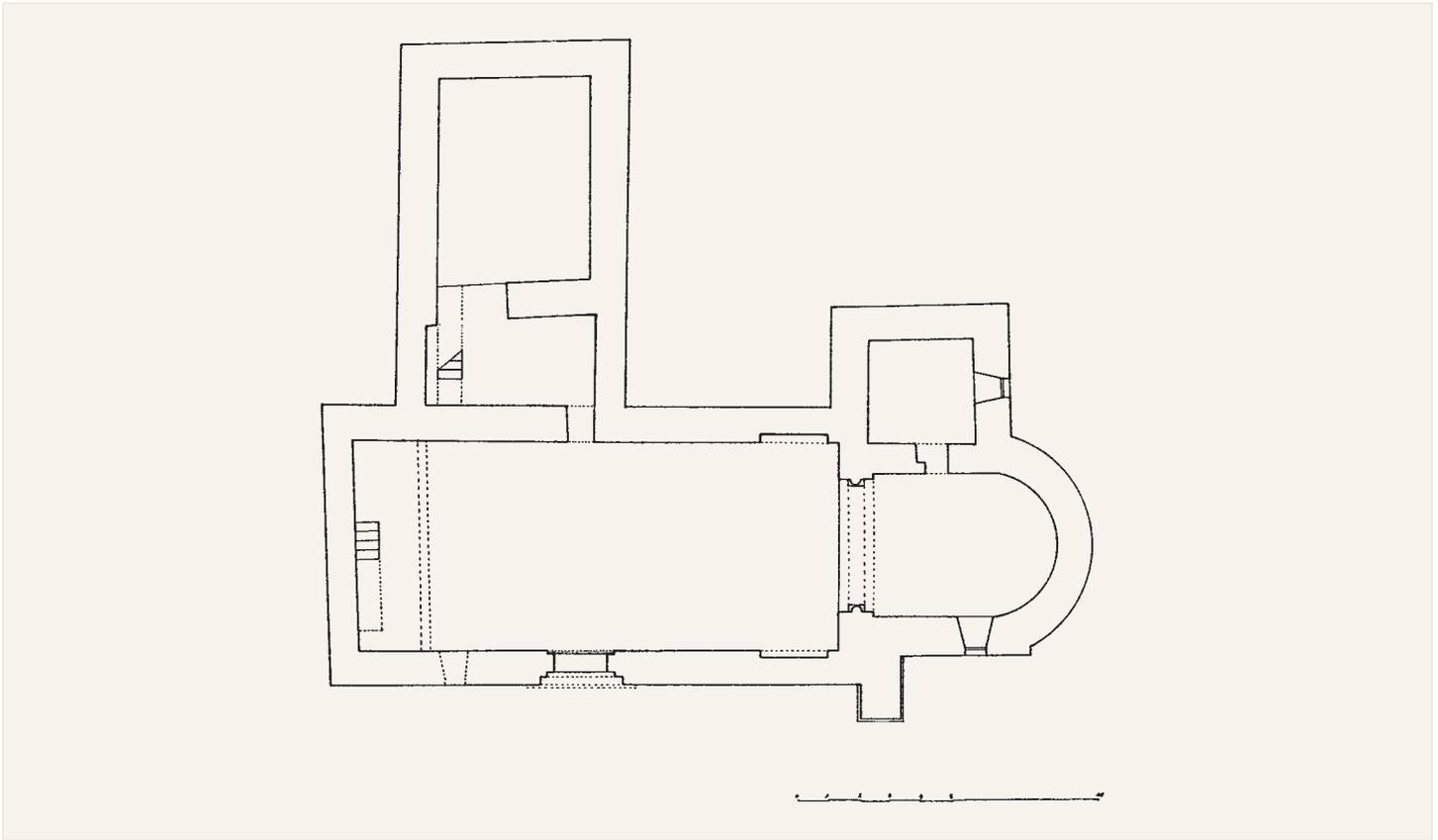
Según Manuel Blasco Jiménez "la genealogía de su nombre es testimonio de gratitud a un pozo de veinte varas de profundidad, que no sólo provee con sus aguas a las necesidades de los habitantes, sino también las ofrece para balsa que a corta distancia suele formarse con las lluvias".

Iglesia de San Juan Bautista

Aldealpozo desde el sur

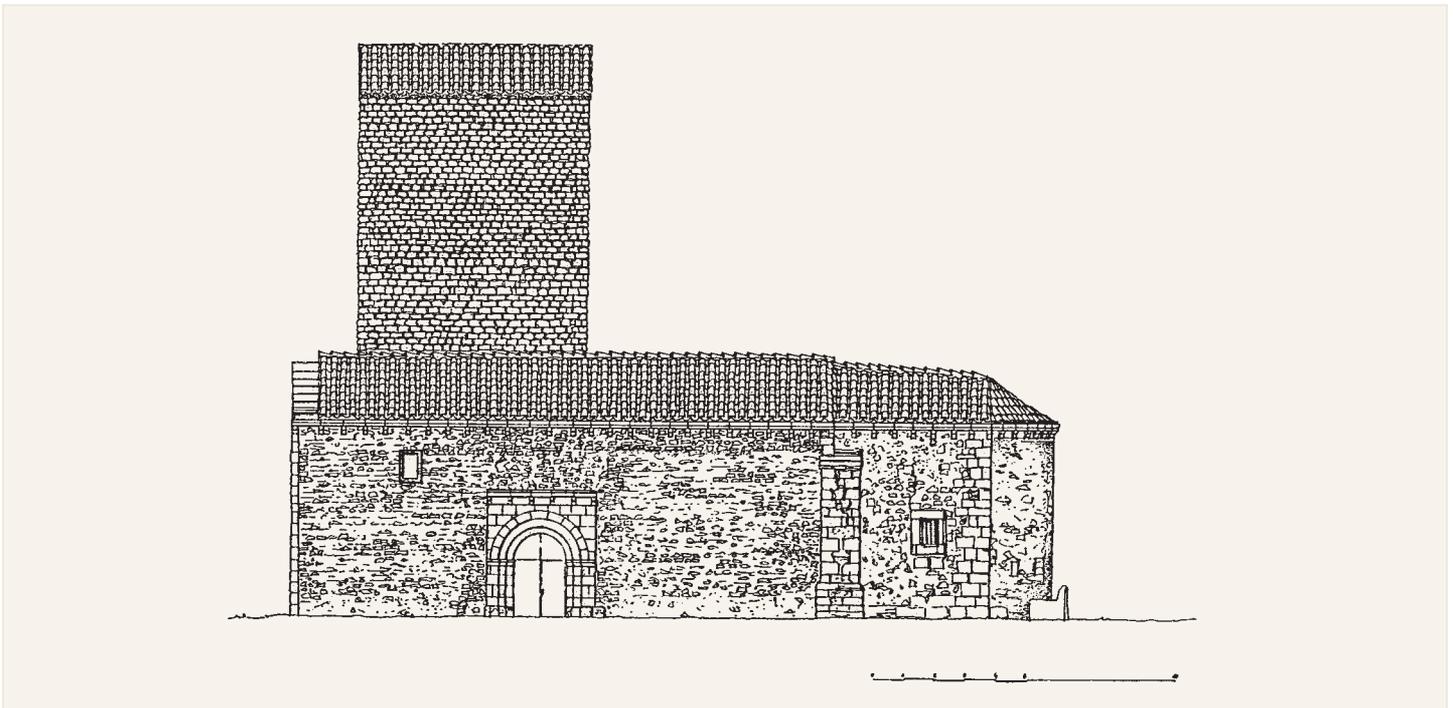


PRECEDIDA A MEDIODÍA por un atrio, parcialmente ocupado por el actual cementerio, se levanta la sencilla iglesia de Aldealpozo a base de mampostería, en buena parte mediante el sistema de tapial de cal y canto, un sistema preferentemente empleado en las construcciones de carácter militar más que religioso, aunque usado con cierta frecuencia en iglesias románicas de la capital soriana y de un entorno más o menos amplio. Los esquinales y los vanos son de sillería y la planta se articula mediante ábside semicircular, con presbiterio rectangular, al que se adosa la sacristía por el norte; sigue una nave con portada al sur y una maciza torre al norte con muros de más de dos metros de espesor, que hace las funciones de campanario y que en origen fue una atalaya de vigilancia, similar a muchas otras



Planta

Alzado sur





La iglesia vista desde oriente

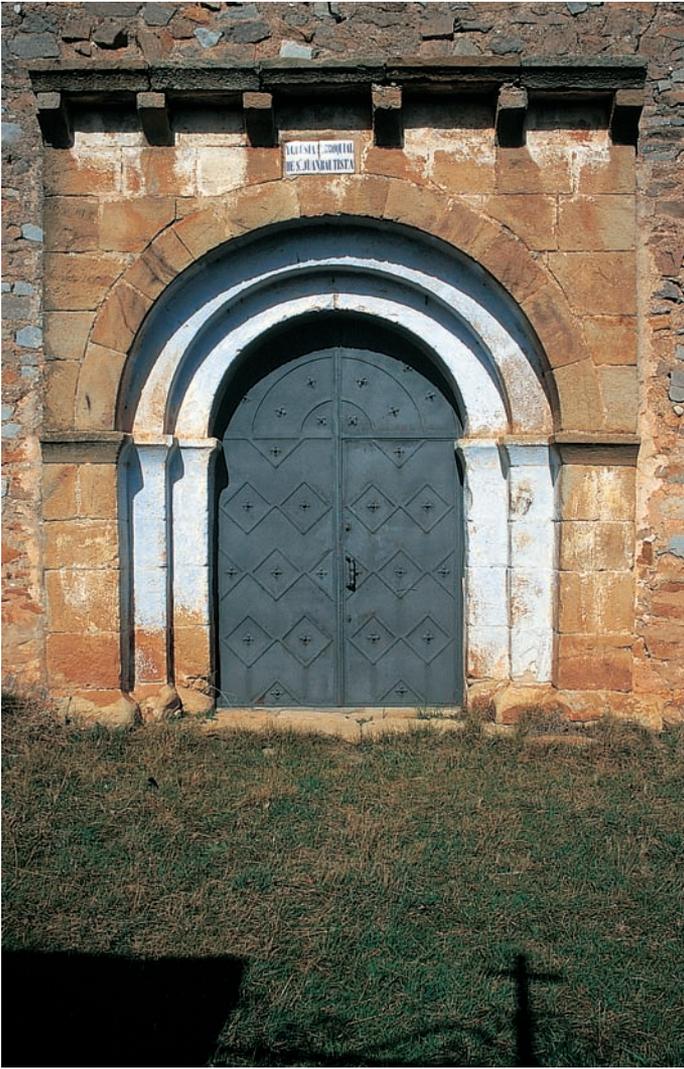
de la comarca. Gaya Nuño suponía que la construcción de esta torre era de mediados del siglo XI y a su sombra se levantó el templo parroquial, aunque durante muchos años permanecieron ambos elementos separados. Madoz describe la iglesia como “un edificio de construcción sólida, estando embovedada la capilla mayor: consta de 26 varas y media de longitud y 8 de latitud, no tiene torre, pero hace sus veces un torreoncillo, que hay a la distancia de 3 varas, con el relox de la villa, y dos campanas”. Por estas palabras parece deducirse que aún entonces iglesia y torre estaban separadas y que el estrecho pasillo de comunicación entre la nave y la base del torreón, horadando el muro occidental de éste, se llevó a cabo con posterioridad, idea que comparten Sanz Yagüe y colaboradores, quienes afirman que la unión se consumó en 1884, aduciendo una inscripción en el muro oriental del corto pasillo de unión. Sin embargo la fecha sería de 1824, que es el año que verdaderamente figura en la lápida.

Centrándonos estrictamente en el templo, de construcción íntegramente románica, el ábside es macizo, sin vano alguno, con zócalo de sillería. Pueden apreciarse en él dos momentos constructivos, uno correspondiente al tercio norte, hecho en tapial de cal y canto —como la nave e incluso como la sacristía—, con cajas de encofrado dispuestas en cinco alturas, el otro es de sencilla mampostería revocada, con empleo de abundante sillería románica como simple mampuesto, lo cual denota que es una reconstrucción posterior a la obra románica. El alero presenta igualmente algunas diferencias pues si mientras en

este último sector está formado por un regular despiece con cornisa de nacela y diez canecillos del mismo perfil, en el tramo anterior la cornisa la componen dos toscas piezas rectas, achaflanadas, más una tercera original de nacela, soportado todo por tres diferentes canecillos.

El presbiterio sólo es visible en el lado sur, al estar la sacristía enmascarando el norte. Exteriormente es un poco más ancho que la cabecera, aunque de igual altura. Los esquinales son de sillería arenisca y el muro es de mampostería caliza, como la parte contigua del ábside, también con abundancia de sillares románicos, reutilizados fundamentalmente en la base, aunque sin concertar. En medio del muro una ventana, con la fecha de 1643, nos dice el momento en que se debió reconstruir este lado del presbiterio y los dos tercios contiguos del ábside, ya que es evidente que ese hueco no se abrió con posterioridad —como es tan habitual— sino que corresponde a la misma fábrica. En apoyo de esta idea se halla además el hecho de que alguno de los sillares reutilizados, así como varios de los del esquinal, presentan marcas de talla que corresponden a técnicas puestas en marcha con posterioridad a la Edad Media, como es el uso de un filete recercando la pieza. Esta reconstrucción muy posiblemente se debió a un derrumbe de la cabecera, provocado por su ubicación en ladera, quizá incorporándose ahora también el grueso contrafuerte que separa presbiterio y nave.

La nave es completamente de tapial encofrado de cal y canto, con una altura de cinco verdugadas y esquinales de sillería, muy austera y maciza, coronada por cornisa de



Portada

nacela con canecillos del mismo tipo. En el lado sur se encuentra la portada, de sillería, en un cuerpo que avanza ligeramente sobre el paramento, coronado por tejeroz con cornisa de nacela y seis canes igualmente nacelados. Consta de tres simples arquivoltas de medio punto, de aristas vivas, apoyando en impostas de nacela bajo las que se disponen pilastras escalonadas sobre zócalos individuales achaflanados. En conjunto recuerda mucho a la portada de la iglesia de San Juan de Duero.

A los pies la nave se cierra en hastial –hoy con una casa adosada–, sobrepasando un piñón la altura del tejado, en cuya albardilla se aprecia una dovela con puntas de diamante, procedente seguramente de una portada románica y llegada aquí en alguna de las reformas que sin duda ha requerido este sufrido remate.

La torre fuerte que se adosa al norte y que hace las funciones de campanario presenta también dos fases constructivas perfectamente diferenciadas, con una base con-



Torre

formada por tres verdugadas de encofrado, con las esquinas en ángulo, siendo el resto de mampostería con las esquinas redondeadas. Al momento en que hipotéticamente ejerció función de atalaya musulmana correspondería por tanto la base, cuyo esquema constructivo es como el de Masegoso o La Pica, mientras que el resto del alzado recuerda a la de Villanueva de Zamajón y a la casi desaparecida de Jaray, de grueso mampuesto y que presentan también los esquinales redondeados. Para esta segunda fase –y posiblemente también para las otras dos torres mencionadas– quizá habría que pensar más bien en un papel dentro de los conflictos bajomedievales, tanto en los internos como en los sostenidos contra Aragón, aunque en todo caso este tipo de torreones, sus sistemas constructivos y su distinta función a lo largo de los siglos aún están pendientes de un estudio con profundidad que aporte algo más que meras especulaciones. Originalmente la torre de Aldealpozo tuvo tres vanos, tres pequeñísimas



Interior

saeteras –una al norte, otra al este y otra al oeste, con recerco de mampuesto, verticales y adinteladas. Su uso como campanario, que quizá sea ya de esa misma segunda fase, hizo que se abrieran en la parte superior dos troneras de medio punto.

Un caso muy curioso es la sacristía, que sigue el mismo tipo constructivo que el tercio norte de la cabecera y que el conjunto de la nave, con encofrado, con las mismas cinco alturas. Tal peculiaridad hace pensar en principio que se trata de una obra contemporánea al templo propiamente dicho, y por tanto de época románica, sin embargo este tipo de dependencias no son muy propias de un momento tan temprano por lo que hay que pensar en otra posible utilidad, quizá en otra pequeña torre, aunque ciertamente esto no pasa de ser una mera sugerencia sin mayores fundamentos. La ventana rasgada rectangular que porta esta sacristía en su muro de levante es un elemento claramente posmedieval, pero en este caso se ve claramente cómo se halla embutido sobre un muro más antiguo.

El interior del templo aparece casi en su totalidad revocado. En el ábside se asienta un retablo barroco que se adapta al semicírculo y a la bóveda de horno. El largo presbiterio se cubre con cañón apuntado sobre una imposta que parece de nacela, mientras que el arco triunfal es doblado y apuntado, con semicolumnas que descansan en plinto, con basas de doble toro y escocia y capiteles que pudieran estar decorados pero que el espeso revoco los ha convertido en un simple prisma. No obstante en el del lado del evangelio creemos averiguar una tosca decoración vegetal, con hojas de nervios marcados, con pequeñas

volutas en la parte superior. Los cimacios son una vez más de nacela.

La nave es muy simple, con moderno despiece de sepulturas en el suelo y con cubierta atirantada de par y nudillo. A la torre se accede por un estrecho pasillo que cubre algunos canecillos del lado norte de la nave.

El mobiliario se compone de varios retablos barrocos, destacando un Cristo gótico y una imagen de San Nicolás fechable en el siglo XV. Pero nuestro interés se centra sobre todo en la pila bautismal, de arenisca, con una altura total de 94,5 cm, compuesta por un pie liso de tendencia troncocónica, con collarino en la base, y un vaso de 118 cm de diámetro, de cuerpo carenado, embocadura de aristas aboceladas, y decoración a base de un friso de arcos de medio punto sobre los que se dispone una banda de tallos ondulantes, con toscas ovas incisas que quieren aparentar hojas. Son relativamente frecuentes en tierras sorianas este tipo de pilas en forma de copa con arcos y cenefa vegetal, con múltiples variantes sobre una misma idea. Así nos las podemos encontrar en Espeja de San Marcelino, Zayuelas, Vadillo, Ledrado, Muriel de la Fuente, Blacos, restos de una existente en Tozalmoro, Esteras de Luvia, Matalebreras –quizá la más parecida–, Cantalucía o Torreblacos. En todos los casos parecen modelos evolucionados dentro de una morfología románica que parece manifestarse de manera más pura en Castejón del Campo, Magaña, Taroda, Pinilla del Campo, Hinojosa del Campo o Sauquillo del Alcázar, poblaciones muy próximas a Aldealpozo cuyas pilas son en todos los casos de vaso troncocónico, sin pie. Así es posible que la forma que presenta la que nos ocupa sea la transición entre este modelo y aquellos otros.



Pila bautismal

Gaya Nuño sitúa la construcción de la iglesia de Aldealpozo en los finales del siglo XII, cronología que compartimos, aunque perfectamente pudiera alcanzar también los primeros años del siglo XIII, guardando muchas similitudes, tanto técnicas como morfológicas con la iglesia del monasterio de San Juan de Duero. A mediados del XVII se renovó buena parte de la cabecera, aunque con un mimetismo tal que prácticamente no varió las formas originales, a no ser el sistema constructivo, empleando de nuevo el alero originario. Más problemas crean las cronologías de la sacristía y de la torre, a tenor de sus aparejos. A este último elemento ha dedicado especial atención Eduardo Carrión, aunque las dudas que expresa vienen a ser las mismas que analizamos nosotros líneas más arriba.

Texto y fotos: JNG - Planos: MMR

Bibliografía

BANGO TORVISO, I. G., 1997, p. 269; BLASCO JIMÉNEZ, M., 1909 (1995), pp. 30-31; CABRÉ AGUILÓ, J., 1916, VI, p. 98 y lám. LXXVIII/3; CALVO HERNÁNDEZ, B., 1965, I, p. 219; CARRIÓN MATAMOROS, E., 1998, pp. 87-88; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1986, pp. 48-49; GAYA NUÑO, J. A., 1946, p. 251; HERBOSA, V., 1999, p. 26; LOPERRÁEZ CORVALÁN, J., 1788 (1978), II, p. 119; MADOZ, P., 1845-1850 (1993), p. 41; MARTÍNEZ DÍEZ, G., 1983, p. 162; MARTÍNEZ TERCERO, E., 1985, p. 262; SÁENZ RIDRUEJO, C., 1985, pp. 223, 234; SÁINZ MAGAÑA, E., 1984a, p. 395; SANZ YACÜE, A. I., *et alii*, 1998, p. 50; TARACENA AGUIRRE, B. y TUDELA DE LA ORDEN, J., 1928 (1997), p. 244.